

Stéphane Santerres Sarkanyz: *Teoría de la literatura*. 1a. edición en francés: *Théorie de la Littérature*. Que Sais-je? 1a. edición en español. Publicaciones Cruz O., S. A., México, 1992, 107 pp.

S TÉPHANE SANTERRES-SARKANYZ es profesor de las Universidades Provençe (Provenza, en Francia) y Carleton (de Ottawa, en Canadá). De él, Publicaciones Cruz ha creído pertinente difundir, en castellano y en el habla de México, una de las aportaciones que —apenas un año antes— había hecho en francés; un estudio que —para los propósitos de nuestro Seminario de Construcción Linguo-Natio-Estatal del IIS-UNAM— hemos considerado pertinente definir como una de las manifestaciones emergentes sobre las que habrá que construir México: la *nueva* cultura letrada, la cual —a su vez— tiene que depender: *a*) de la tradición, y *b*) no simplemente de la “capacidad de leer y escribir”, como ya hemos puntualizado en otra reseña sobre el libro de Olson y Torrance, *Orality and Literacy*.

En tanto que una reseña: A) en parte, debe poner al reseñador al servicio de la publicación reseñada; pero B) por otra parte, no debe arrancarlo de su central desempeño investigador sino —por el contrario— ponerse al servicio de éste, no haremos referencia a todo el texto de Santerres-Sarkany, sino sólo a aquella parte suya que muestra cómo la literatura, en vez de ser como la mujer de Lot, y quedarse convertida en estatua de sal sólo por volverse hacia atrás, tiene que asumir —como mínimo, pues hay también una representación tri-facial— una actitud de Jano bi-fronte, en cuanto: *a*) no sólo debe ser capaz de acendrar lo sedimentado en el pasado, sino —también— vuelto hacia el futuro, *z*) experimentar nuevas mezclas que purificar después... a más de seguir agitando en el presente (de donde la tri-facialidad), *m*) el crisol presente.

Esto último estaría de acuerdo con una postura que —en algún otro sitio— podríamos glosar: la de los textos de Guido Almansi en *L'Estetica dell'Osceno* —que se conecta con Peckam y los *Spielwörter* o “Juegos de Palabras de Wittgenstein— en que sostiene que el creador lingual (literario) tiene que ser *innovador estilístico*, *infractor de reglas antiguas*, *introdutor de nuevos juegos de habla*; que “el artista original es un escolapio desobediente” que, lo único que puede hacer un escritor es: 1) destruir el lenguaje existente, para 2) re-crearlo nuevamente pues sólo los mediocres escriben en italiano, en francés, en inglés o en “español” ya que *el gran escritor opera su propio lenguaje* (o, si hemos de pedantear con tecnicismos lingüísticos: cada gran escritor tiene, en exclusiva, su propio *idiolecto* voluntaria y responsablemente asumido).

Fuera de una discusión como ésta, que impondría examinar hasta qué punto es *gracias* a su estilo deliberadamente *grotesco* (o sea, lleno de deformaciones como las que producen en las sombras proyectadas las anfractuosidades de las grutas) a lo que debemos el que un espíritu —por otro lado, formado en el cartesianismo ortogonalista, en cuanto ingeniero de formación— como Carlo Emilio Gadda, haya sido capaz de brindarnos —a modo de ejemplo— una crítica de la guerra más eficaz que todas las “indignadas” arengas anti-belicistas o las *larmoyants* admoniciones de los pacifistas. Tal vez sea esto también lo que esté permitiendo que se rescaten algunas de las aportaciones preteridas hasta hace poco, del *Untergang des Abendlandes* de Spengler en cuanto apenas ahora Wjite —a través de Ulmen— nos hace comprender que si son cuatro los tropos utilizables en la filosofía de la historia (metáfora, ironía, metonimia y sinécdoque) el valor de Spengler tiene que comenzar por reconocerse en su uso de la *ironía* (que no es en modo alguno la *tessitura* gracias a la cual van entre-tejiendo sus pensamientos los observantes del estilo “periodístico” de español quebrado, o quienes conciben el discurso como *cuerda de emisiones sonoras* (o gráficas) sin posibles meandros y entrecruzamientos como el céltico “huevo de las serpientes” (como que por algo el Milán, el *Mediolanum* de Gadda, tiene antecedentes *célticos*).

Pero las anotaciones siguientes proceden del texto que menciona la ficha, publicado originalmente por *Que sais-je? y que conocemos a través de la —mala— versión en castellano publicada en la capital mexicana* que muestra cómo traducir no es sustituir una fórmula lingüística de un idioma por la que proporcione, en otro, en su segunda columna, un diccionario bilingüe, y que: a) si no hay *interpretación* del pensamiento del autor original por parte del traductor, b) su versión será más *lo que oculte que lo que revele*, del pensamiento vertido.

Aun con esta limitación, nos ha parecido útil el esfuerzo en cuanto la “teoría de la literatura” —como otras disciplinas emergentes— trató de surgir como una disciplina independiente, y no como una autonomizable dentro de un conjunto más amplio de inter-dependencias disciplinarias. El significado de esto quedará explicitado con los extractos y re-interpretaciones que siguen.

Tras un éxito inicial (debido al deslumbramiento que produjo su novedad) y un entusiasmo (producto de sus iniciales hallazgos, tanto más impactantes cuando des-ligados de una problemática más amplia y compleja), como señala el autor, la *teoría de la literatura* que no es equivalente de “teoría literaria” (como hace creer el descuido de traductora y editor) está siendo “cada vez más rechazada por los ‘medios literarios’ ” (o sea, que los *practicantes* repudian lo dicho por los *teorizantes*).

Este rechazo, de por sí, ni es plausible ni es reprobable. Hay que examinar sobre cuáles bases se hace, para poder valorarlo.

Los practicantes de la literatura, naturalmente manifiestan *dudas* acerca de la validez de las abstracciones y generalizaciones alcanzadas por los teorizadores. Esto es natural, porque se trata de dos posturas polares: mientras el practicante tiende a subrayar la concreción y particularidad de su obra, al teórico le interesa

lo abstracto y general. En un punto intermedio, esas dudas son válidas o no, en el grado en el que la teoría: *a*) use, o *b*) abuse de la abstracción y la generalización.

Como es también natural, no toda la abstracción y la generalización de la teoría de la literatura era reprobable y ello explica el que esa TEORÍA de la literatura haya “marcado al siglo XX”, en cuanto antes de él, cada obra literaria se consideraba en aislamiento; como fenómeno singular no sometible a sistematización.

La teoría de la literatura, tal como se practicó “en forma entusiasta, durante unos treinta años de este siglo” abrió una vía estimulante; pero —según nuestro diagnóstico, de semiólogos— la abrió a costa de empobrecer el fenómeno que estudiaba.

La parte positiva de este desarrollo consiste en que —como dice el autor— gracias a esa teoría, la crítica de lo literario “perdió su inocencia”; hubo de volverse reflexiva y tuvo que tratar de explicar (tan objetivamente como pudiera) sus tomas de postura, su enjuiciamiento de la obra.

Por el otro lado, los medios académicos, a través del surgimiento de este primer intento de “teoría de la literatura” dejaron de sentirse afrentados por el hecho de que a este esfuerzo suyo se le tachara (en el mal sentido del término) como “científico”. Esto significa que los teorizantes: *a*) sin concebirse como “anti-literarios”, *b*) sí buscaban sacar los productos de la actividad literaria de la subjetividad total. Para ellos, la “cientificidad” buscada no representaba la pretensión de acceder a la objetividad proclamada por la ciencia física (que tampoco la consigue) sino a aquella trans-subjetivación relativa y ascendente, a través de la cual se reconoce la co-implicación (no complicación) 1) de lo individual (que nunca lo es absolutamente, pues se ha nutrido de lo social y tiene que enfrentar la coerción social ambiente), y 2) de lo social (que nunca lo es en sentido absoluto, en tanto que todo individuo innova aunque sea en mínima proporción, a partir de la coerción social circundante, y a veces en contra del convencionalismo que trata de imponérsele).

O sea, que independientemente de que Santerres se percate o no, la “teoría de la literatura” surge como uno de tantos esfuerzos emergentes que se producen en nuestro tiempo, para reconocer la dimensión social (en movimiento dialéctico) de lo humano, o sea, el enfoque *sociológico* (vivo) y no el meramente *culturológico* (muerto, congelado o vitrificado del producto cultural).

Santerres piensa que, aun cuando este primer intento (la calificación es nuestra, pues proponemos al Seminario una visión desenvolventista de la “teoría literaria”) dejó —con todo— un legado valioso en cuanto “asimiló lo mejor de una terminología (él o la traductora hablan, más laxamente, de ‘vocabulario’)” que corresponde a “conceptos clave” (es decir, a categorías, tanto teóricas como metodológicas, sin las que puede haber bla-bla-bla, pero no investigación) y en que reconoció la necesidad de establecer relaciones inter-textuales.

Esa mención doble: 1) “conceptos”, 2) “sistema” debe hacernos recordar analógicamente las categorías lingüísticas de léxico y sintaxis, y las retóricas de selección y colocación.

Socio-culturalmente, esas relaciones inter-textuales (la que tiene un texto particular con otros textos y con el conjunto de todos los textos que produzca una sociedad) implican que ningún texto puede entenderse aisladamente (*El Quijote* es una tomadura de pelo o una tronada si no se le ve en el contraste con lo que era el *Amadís de Gaula*, caricatura grotesca de los libros de caballería, por una parte, y los romances paradigmáticos de Arturo y la Mesa Redonda). La interpretación del texto mismo depende de otros textos, y la del conjunto de textos tiene que relacionarse con la realidad de la que procede y con la realidad que engendra (aun cuando el primer intento de teoría literaria se abstuvo de explorar esta relación entre “palabras y cosas”).

Por este rumbo es por el que repta ese primer intento de la crítica —abusivo por lo depauperador— de la literatura; porque toda esa categorización y toda esa co-ordinación de categorías dentro de un sistema se hacían “sin referirse necesariamente a la realidad empírica exterior”.

Ésta es la ganancia que nos permiten las disciplinas *sintetizadoras* de lo humano (como la semiología) frente a las analíticas (como esa teoría de la literatura así concebida, o la lingüística a lo Bloomfield, en la que el significado no sirve sino de trasfondo).

Lo que ese primer intento de teorización sacrificaba eran: 1) la referencia semántica, y 2) la referencia pragmática.

Esto, de por sí, no es absolutamente malo, si, metodológicamente se elimina una serie de dificultades para *ver más claro inicialmente*; pero —después— *progresivamente* se van re-integrando las dificultades o complicaciones para que, *sin dejar de ver claro*, se abarque lo complejo y no lo simplificado para fines heurísticos.

La anterior es la interpretación caritativa o benévola; la peyorativa implicaría que si se privilegió este enfoque que destaca la congruencia sobre la verosimilitud y la rectitud de la intención, fue porque cobardemente se rehuían los conflictos de estos enfoques necesariamente socio-políticos. Los formalismos que no se superan heurísticamente son sólo intentos para “no meterse en broncas” y quedar en bien —pase lo que pase— con el *Establishment*, con los poderes *establecidos* (gubernativos, eclesiales ... o ... académicos).

Santerres considera que no todo lo aportado por ese primer intento de teorización sobre la literatura es despreciable; que “esos treinta años de entusiasmo teorizador habrán de conservar —*por lo menos*— cuanto siga siendo actual en los umbrales del XXI”. O sea, que al volverse a esa teoría “debe tomársela con pinzas” o a beneficio de inventario (y no tomarla como si por ella el Papa estuviera predicando *ex cathedra*, o sea, sin poder ser contradicho por el feligrés).

Qué conservar de lo aportado, una primera tarea; qué cambios de orientación comienzan a producirse, una segunda.

Conforme al tratamiento de Santerres, esos cambios en vez de desechar tienden a “consolidar lo adquirido”, pero a costa de algo: “de hacer concesiones” (a

aquello que habían eliminado) como: 1) regresar al tema, y 2) establecer el estatuto semiológico del enunciador.

O sea, que en vez de proceder como en el primer intento de teorización con el anhelo de colocar a la obra literaria en un vacío social, como un producto cultural válido en sí y por sí, “existe ahora la ambición de penetrar en el secreto de la cultura, considerándolo como un *proceso psico-social*”.

A través de observaciones colaterales como éstas, maestros y alumnos de la Facultad de Ciencias Políticas tienen que percatarse de cómo, en tanto dentro del área socio-política, se habla de “crisis” y aun de “desaparición de la sociología”, en otros campos se está descubriendo que *el enfoque sociológico es imprescindible en nuestro tiempo*. Claro que esto no lo ven quienes quieren ver aparecer el reconocimiento a nuestra disciplina en letras de molde o en letreros de neón.

Por otra parte, para los enfoques filisteístas modernos y racionalistas decimonónicos, Santerres hace una defensa pertinente de lo literario y su valor *para la vida humana*, pues aunque “se ve vejado por el científico (en cuanto no ratio-experimental) e ignorado por el técnico (en cuanto inútil) hay que reconocer que lo mismo que la música, las artes visuales, las costumbres populares, las creencias, las preferencias valorativas” (toda una gama que en el Modelo IIS-UNAM-CIDI recoge el Eje Patético) “1) modelan nuestra experiencia, y 2) aunque parecen reservadas para aquellas ocasiones excepcionales que llamamos ‘fiestas’, en esta época ya no se puede separar a la fiesta de la cotidianidad”. O hay que considerar a la fiesta como una re-creadora (en el sentido de “algo que vuelve a crear”) del humano, que sin dicha “fiesta” se aniquila en el trabajo o en la pura cogitación.

La literatura —conforme al señalamiento de Santerres— “trata de atribuirle al universo UNA IMAGEN” sin la que no podríamos captarlo. Esa imagen —según él mismo indica— es la que dirige y regula todos los códigos de la comunicación; pues constituye ese “común universo de discurso” (código de códigos) que la filosofía del lenguaje reconoce como condición básica de cualquier comunicación.

Para la expresión de Santerres —que los seminaristas deben tratar de interpretar en sus propios términos— “es en ese campo (el de las letras) en donde aquella representación del mundo (mundovisión o mentalidad, para otras expresiones nuestras) se vuelve transparente” por encima de los “códigos espacio-temporalmente diversificados que engendra”.

La función que esto tiene, dentro de la modernidad, es importante, ya que la nueva cultura letrada tiene que ser la interlocutora dialéctica de la nueva tecnología; así se opone al estado tecnológico de las cosas y a la nuda comunicación que las describe (pues la literatura es comunicación consciente de sí); pero, al mismo tiempo, las completa.

En los términos de “construcción” en que tenemos que trabajar dentro del Seminario, tenemos que percatarnos del tipo de terreno en que hemos de edificar en cuanto la interpretación de estos y otros modos comunicativos es *cada vez más íntima*, y —a modo de referencia concreta— impone que se considere “la simbiosis

de lo escrito-audio-visual". Santerres habla metafóricamente de una "geografía literaria" (diferenciadora de géneros, registros, modos comunicativos) e indica que si bien teóricamente se separan cada vez más unas de otras manifestaciones, en la práctica, éstas se vuelven cada vez más *interpenetrantes*. Diferentes lenguas, lugares, identidades y concientizaciones (étnicas, nacionales, regionales) son exportadas y se producen, así, poliglotismos, préstamos, calcas, internacionalismos, cosmopolitismos de nuevo cuño.

Santerres ve bien que los cambios de la cultura letrada reflejan cambios sociales. En la misma forma en que, en el Seminario, al estudiar la formación del italiano observamos como el peso decreciente de los eclesiásticos y de los juristas, y el creciente de los comerciantes y burgueses, favorecen la aportación de nuevas formas lingüales y de nuevos géneros literarios; en nuestro tiempo, aquello que comenzó por depender del ideal burgués ha pasado a interesar al pequeño burgués y aun al proletario más o menos letrado, de tal manera que esto se refleja en términos de una expandente *cultura letrada de todos* y en la aparición de un *mercado de lo simbólico*... de tal manera que obras producidas en la Universidad ya no sólo tienen valor, sino son susceptibles de adquirir *precio*. Esto es lo que explica el que en Estados Unidos y Canadá ya existan *empresas de universitarios* que explotan monetariamente el propio talento, y que una de nuestras colegas de CID, la diseñadora Guzmán, esté participando en un *movimiento social* (también sociología) que se llama "De Pequeños Emprendedores Universitarios" (empresarios, en suma, pero concebidos en otra forma y para otros fines).

Para los comunicólogos es de interés especial recoger otro fenómeno emergente: había existido una antigua literatura "legítima" al lado de la cual otros textos se consideraban como "para-literarios" (o sea, "aproximaciones a la centena"). Entre ellos estaban algunos de los géneros periodísticos. *Pero*, en el grado en que algunos periodistas dieron altura a sus obras hicieron que algunos de estos géneros adquirieran sus pergaminos de nobleza o su carta de legitimidad literaria. Se trata de algunos grandes reportajes; de algunas entrevistas sobresalientes. De este modo es como el mismo término "literatura" cambia de contenido (hay una obra de Eco al respecto). Así —entre otras cosas, pero no como característica única— la nueva literatura "admite un hablar más franco, inimaginable hace algún tiempo".

El documental —dice— el gran periodismo —todas las formas de lo vivido— dejan de estar tan estrictamente separadas del "objeto" como en el pasado. Aparecen diferentes tipos de discurso *intermedio* (la biografía, la auto-biografía, el testimonio, las memorias), y ahora se acoge de buen grado lo fragmentario al lado de lo ya acabado, pulido y refinado (un ejemplo el *Petrolío* de Pasolini, conjunto de fragmentos que esbozan una obra).

Además, lo micro-dimensional se aprecia tanto como lo macro-literario (en correspondencia con la intra-historia, pequeña historia o historia de la cotidianidad, reivindicada por el post-modernismo al lado de la gran historia).

Y si bien se observa una aparente pérdida de la poesía y el teatro, es porque: 1) la prosa se poetiza, y 2) el drama irrumpe en la misma narrativa (como se ha encargado de mostrar Devoto con *respecto a varios autores italianos*).

Dentro de lo que en sociología se conoce como “teoría de la recepción” para los fines de una nueva teorización de la literatura, Santerres indica que, en la nueva cultura letrada no sólo emerge, sino que tiende a sobresalir el lector; de modo que el nuevo intento de teoría literaria será una *teoría del lector* (o si hemos de corregir, una *teoría de la lectura*). Con ello —en términos politológicos— se abre la vía hacia una democratización general de lo literario.

Del resto de la introducción —poco clara en alguno de sus incisos, mientras no se penetra a los capítulos mismos— sólo destacaremos una aportación más; la que se refiere a la oposición que actualmente se produce entre el ámbito académico y los medios de comunicación dentro de una *lucha por el poder simbólico* (que de nuevo pone de manifiesto la importancia de la sociología y la politología para la comprensión de las situaciones y el planteamiento y solución de los problemas de nuestro tiempo).

De entre los varios sub-temas que propone Santerres a la consideración del lector, conviene destacar el que se refiere a “cómo funciona la censura como contrapartida de la legitimación” (por tanto, como establecimiento de una hegemonía literaria o idiomática o de un terrorismo literario instituido por la correspondiente mafia de literatos) y la manera en que las manifestaciones para-lingüísticas (subalternas y de literatos sometidos a sub-alternidad) son obligadas a abortar (como potenciales innovaciones, o como géneros emergentes) al tiempo que el literato o el comunicador acaba por auto-censurarse a fin de evitar que, en el extremo, sean otros quienes lo amordacen.

La lucha por el poder *simbólico* (o el poder que emana de la capacidad de cifrar simbólicamente el universo para instaurar una determinada mundovisión) se establece así entre la universidad que se rige por valores intangibles (y que frecuentemente tiene *en su contra* a quien dispone de poder económico) y los medios, que se dejan no sólo influir sino manejar por esos intereses, tangibles, utilitarios y que —desde este punto de vista— dejan de ser medios de información o comunicación para convertirse en instrumentos o armas de los poderes constituidos (*The Establishment*.)

Para el Seminario, la consideración de esta nueva realidad emergente es básica pues así como en otro de estos documentos mostramos “cómo no se puede construir una Nación y un Estado”, en esto podríamos expresar “cómo se puede edificar sobre un terreno movedizo, como si se tratara de un terreno consolidado y firme”, porque este surgimiento de nuevas realidades sociales impone rutas críticas y estrategias constructivas diferentes.